

Primera edición en español: febrero de 2009
Título original: *Weimar Germany. Promise and Tragedy*

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de la obra,
ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método
sin la autorización escrita de la editorial.

Copyright © 2007, by Princeton University Press

D.R. © Turner Publicaciones S.L.
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com
ISBN: 978-84-7506-871-8

Diseño de la colección: Enric Satué
Ilustración de cubierta: "Cortado con un cuchillo de cocina Dadá",
Hannah Höch, 1919.

ÍNDICE

Introducción	11
I Un comienzo agitado	17
II Un paseo por la ciudad.....	57
III El mundo de la política	101
IV Una economía en crisis y una sociedad en tensión.....	155
V Edificios para una nueva Alemania	201
VI Imagen y sonido	243
VII Cultura y sociedad de masas	293
VIII Cuerpos y sexo.....	345
IX Revolución y contrarrevolución de la derecha	383
Conclusión.....	417
Notas	425
Ensayo bibliográfico.....	449
Agradecimientos	453
Índice de nombres y temas.....	455

CONCLUSIÓN

Aunque han pasado unas cuantas décadas desde su desaparición, aún es posible percibir el fulgor de la época de Weimar. Como en una tragedia griega, seguimos las vicisitudes históricas que atravesó, sus infaustos comienzos, su azarosa existencia y el aciago desastre que acompaña al momento en que cae el telón. Igual que uno de sus dramas, Weimar nos lleva a reflexionar sobre el sentido del devenir del género humano: la lucha por alcanzar algo nuevo y maravilloso, frente al mal absoluto; la ineptitud y la temeridad de quienes, aun cargados de buenas intenciones, deberían haber sido más precavidos.

En la arena política, pocos son los héroes o heroínas de Weimar y, desde luego, ninguno que merezca el calificativo de inocente –no hay lugar para los hijos de Medea en este drama–, por más que prácticamente todos, desde los militares hasta los comunistas, adujesen que estaban siendo pisoteados. Pero Weimar contó con hombres audaces y brillantes, que alumbraron nuevas formas de expresión artística, que trabajaron con denuedo por una sociedad más humana, y que reflexionaron en profundidad sobre el significado de la modernidad. Hombres capaces de diseñar planes de vivienda que mitigaron las míseras condiciones de vida de muchos alemanes. Hombres que, convencidos de que todo ser humano tiene derecho a una vida sexual gratificante, no sólo escribieron y pronunciaron conferencias sobre la sexualidad, sino que abrieron las puertas de sus consultorios. Hombres que redujeron la inicua jornada laboral vigente en el sector industrial antes de la guerra. Hombres que, con fascinante originalidad, compusieron música, escribieron novelas y tratados filosóficos, tomaron fotografías y realizaron fotomontajes, que renovaron el mundo de la escena sin dejar de preguntarse por el significado de la época moderna. Hombres que crearon pasajes de belleza inigualable, que aún podemos disfrutar cuando nos detenemos en un párrafo escrito por Thomas Mann, o contemplamos la Torre Einstein, de Erich Mendelsohn, un precioso día de verano.

Estos son los verdaderos grandes logros de Weimar. A lo largo del siglo XX, pocos son los lugares y momentos de consecuencias intelectuales y culturales tan sobresalientes y duraderas que soporten la comparación con el Berlín de 1920, o sus avanzadillas de Dessau, Múnich, incluso Friburgo, Heidelberg o Marburgo. *Ser y tiempo*, de Heidegger, fue el texto que más influyó en el existencialismo posterior a la Segunda Guerra Mundial, así como en el posmodernismo de finales del siglo pasado. La arquitectura de Weimar, espléndida en su originalidad, desempeñó un papel fundamental en el desarrollo del estilo modernista que se impuso en todo el mundo a partir de 1945. Tras un prolongado y estéril periplo, plasmado en bloques de pisos cada vez más altos, urbanistas y arquitectos han reparado de nuevo en las excelsas creaciones de Bruno Taut en la década de 1920, quien supo demostrar que también se pueden edificar viviendas a escala humana. Todavía representa algo para nosotros el elegante compromiso contraído por Thomas Mann con los fantasmagóricos conceptos y valores del siglo XIX. Los directores escénicos de vanguardia vuelven la vista, una y otra vez, a Bertolt Brecht y su idea de teatro épico.

Weimar no sólo representó un acicate para algunos portentos excepcionalmente geniales, sino que alumbró toda una generación de artistas e intelectuales, tan inquietos como inquisitivos. No hay una única razón de que en aquel momento, en aquel país, se produjera tal eclosión de creatividad. En parte, la respuesta reside, no obstante, en la impresión de descalabro sin paliativos que, para el viejo orden establecido, supusieron la Primera Guerra Mundial y la revolución posterior, que se llevó gran parte de los desechos, lo que permitió que, al menos durante un tiempo, se contemplase un futuro abierto y desbordante, no sólo en Alemania sino en todo el continente. Las grandes figuras de Weimar surgieron en un contexto europeo de cataclismos y revoluciones, en contacto permanente con sus homónimos artísticos o intelectuales de otros países.

Tal sensación de posibilidades ilimitadas ni podía prolongarse ni habría de ser duradera. No tardaron en imponerse las realidades políticas y económicas. Pero hubo un tiempo, no obstante, en que pareció posible crear algo radicalmente nuevo, y ese sentimiento bastó para alertar la creatividad de personas de la talla de Hannah Höch, Bruno Taut, Erich Mendelsohn, László Moholy-Nagy, y tantas otras. Su trabajo se

iría atemperando con el paso de los años, pero eso no significa que aquellos artistas viviesen dos vidas distintas ni atravesasen dos periodos diferentes. Siguieron adelante, sin renunciar a la creatividad e imaginación con que habían irrumpido en el mundo del arte. Es posible que sus mejores obras viesan la luz cuando descubrieron cómo atemperar el ardor de sus ilusiones revolucionarias, pero nada se habría atemperado si no se hubiese producido aquel deslumbramiento inicial: sin el expresionismo no podríamos hablar de Nueva Objetividad.

Weimar fue una etapa cargada de tensiones, de eso no cabe duda. Las incesantes revueltas, los breves periodos de estabilidad y la ausencia de consenso distinguen este periodo. La derrota bélica pesó especialmente en la política y en la economía de la Alemania de aquellos años, y ensombreció el ánimo de la nación. Pero la guerra es sólo una explicación parcial. La tensión y la conflictividad de la época de Weimar fue consecuencia también de su posición equidistante entre el este y el oeste, no en el sentido geográfico sino por el hecho de que la Alemania de Weimar, igual que la Unión Soviética, quedó marcada por la revolución. Una revolución incompleta, sin embargo, que estableció un ordenamiento constitucional de corte occidental, que no llegó a calar entre las clases dirigidas, enfrentadas con uñas y dientes a la democracia.

Aunque la vida en Weimar no fue fácil, sí fue un momento de intensa creatividad. Las sociedades narcotizadas, sonámbulas o satisfechas no se plantean nada, no se cuestionan nada. La mayoría de los grandes artistas e intelectuales de la Alemania de Weimar ya habían hecho sus pinitos antes de la Primera Guerra Mundial, y sintieron el gusanillo de la creatividad una vez que regresaron del frente, o cuando pensaron en emprender una nueva vida tras el desastre de la guerra. Muchos eran de izquierdas, pero también figuraban representantes de la derecha, como Ernst Jünger y Martin Heidegger, quienes, por supuesto, abominaban de la República, pero que pudieron llevar a cabo su trabajo gracias a ella.

La generación siguiente también se sintió libre de ataduras que la ligaran al pasado. El historiador Felix Gilbert, que alcanzó la edad adulta tras la derrota, durante las agitadas circunstancias que acompañaron a la revolución, la guerra civil y la inflación, al revivir aquellos tiempos sesenta años más tarde, escribiría: “Lo único de lo que estábamos seguros es de que no había nada seguro”. Vástago de la larga familia Mendelsohn, tan influyente en numerosos círculos prusianos y alemanes durante el

siglo XIX, Gilbert recordaba que, tanto él como sus amistades, eran conscientes de pertenecer a otra generación:

Estábamos seguros de la que la generación de la posguerra era otra cosa. Disfrutábamos llamando la atención de los mayores por no llevar sombrero en verano, por no ir vestidos de esmoquin cuando salíamos por la noche, por quedarnos sentados durante horas en los altos taburetes de los bares en lugar de ir a beber a locales respetables. Queríamos vivir nuestra propia vida, saltándonos las rígidas formalidades.¹

Su actitud hacia el sexo se limitaba a que la gente hiciese lo que le apeteciera, sin tapujos, sin emitir juicios morales, talante que, al parecer, también incluía la homosexualidad, aunque la ley la prohibiera. Ellos pensaban que Berlín era una ciudad libre o, cuando menos, más libre que otras metrópolis.²

La libertad de que disfrutaban Gilbert y sus amigos no era sólo el producto de un talante indefinido, de una forma difusa de ver las cosas, propios de la posguerra. Era también una realidad política, una de las consecuencias de la revolución de 1918-1919, que estableció las libertades políticas, abrió nuevas vías de representación, proclamó la igualdad de las mujeres y, en la práctica, abolió la censura, conquistas que sobrepasaron con mucho las limitaciones formales del propio sistema, y que permitieron que mucha gente viviera con mayor libertad, sin dar cuentas a nadie, ya fuera en grupos formalmente constituidos, como las asociaciones de nudistas de los liberales o los radioclubes comunistas, o más informales, como grupos de amigos que quedaban para ir a bailar.

Eran libertades con las que no todo el mundo estaba de acuerdo. El arte moderno, igual que la mujer moderna o el sexo sin más, eran otros tantos motivos de conflicto contra la denostada democracia, que la numerosa y multitudinaria derecha no dejaba de esgrimir en un enfrentamiento que acabaría por poner fin a las libertades reconocidas por Weimar. Pero la República no sucumbió como consecuencia del desgaste ocasionado por personajes anónimos, como si, en un momento dado, los conflictos de aquella sociedad hubiesen revestido tal envergadura que dieran al traste con el orden social. Weimar no se vino abajo; acabaron con ella. Fue destruida por decisión de la derecha alemana, antidemocrática,

antisocialista y antisemita, que, en el último momento, eligió a los nazis, a la oposición más extrema, desproporcionada y virulenta, como compañeros de cama. Es posible que Weimar no contase con suficientes demócratas, que fueran pocas las personas deseosas de acudir en defensa de la República. Pero también lo es que el régimen republicano hubo de soportar muchas más crisis que ninguna democracia legítimamente constituida. La izquierda radical no fue de gran ayuda. Los ataques de los comunistas contra los socialdemócratas y contra el sistema establecido en Weimar generaron una sensación generalizada de desaliento que restó empuje a la democracia, a pesar de que los comunistas no disponían de recurso alguno –humano, material ni militar– para culminar con éxito un ataque frontal contra la República. En sus primeros años, lo intentaron en tres ocasiones –1919, 1921 y 1923–, que acabaron en rotundos fracasos. A comienzos de la década de 1930, sus perspectivas no eran mucho mejores.

Pero la derecha sí que disponía de recursos. Bajo la apariencia de profesionales bien situados y de intelectuales que hablaban y escribían en el lenguaje de los nazis, disponía de un capital intelectual. Su reserva espiritual la conservaban gracias a los muchos pastores y sacerdotes que no veían el nazismo con malos ojos. La derecha estaba instalada en despachos oficiales y en la cadena militar de mando, y controlaba en gran parte los recursos industriales y financieros de la nación. Quede claro, sin embargo, que no todos los empresarios ni todos los clérigos fueron proclives al nazismo y que, entre quienes desencadenaron la destrucción de la República, eran más los que toleraban que los que admiraban a Hitler. Pero las principales instituciones del país se contaminaron de la hostilidad colectiva de los que controlaban los recursos del país, los mismos que pensaban que no se podía soportar una sociedad democrática, socialmente comprometida, moderna e innovadora desde el punto de vista de la cultura. Ellos fueron quienes acabaron con la República; sin su ayuda, los nazis nunca habrían alcanzado el poder. Sus ataques contra el régimen de Weimar, junto con el formidable olfato político de los nazis, dieron al traste con el sistema. A ellos se sumaron las numerosas y variopintas clases medias de Alemania, así como mucha gente de baja extracción social, a las que no les gustaban las revueltas, pero las entendían. Eran alemanes que no estaban seguros de llevar el sustento a sus hogares, o de que el duro trabajo que realizaban se tradujese en ahorros

cuyo valor no sólo no se incrementaría, sino que disminuiría; en aquellos momentos de guerra civil y reyertas callejeras, ni siquiera estaban seguros de poder salir a pasear por su barrio tranquilamente. Garantizar la seguridad es una tarea primordial de todo gobierno que se precie, pero el de Weimar no estuvo a la altura. Durante los años posteriores, en 1932 y 1933, la clase dirigente de la derecha y muchos ciudadanos cayeron en la cuenta de que se había llegado más lejos de lo deseado, y ya no les pareció pertinente controlar a los nazis, que no eran sino el camastro que ellos mismos se habían preparado.

La historia de Weimar es un claro ejemplo de que una sociedad en la que no existe el consenso, que carece de una ideología o de un grupo político hegemónico, es un reducto lleno de peligros. No hay ningún sistema democrático capaz de soportar una situación en la que se magnifiquen todos los conflictos hasta el punto de que todo se ponga en entredicho. Mucho menos si sus dirigentes tratan de minar la democracia desde dentro, quejándose sin cesar de un sistema en el que mantienen sus privilegios, mientras disponen de inmensos recursos a su disposición.

Weimar representa una advertencia sobre las circunstancias en que puede desarrollarse una democracia, y quizá sea imposible imaginar condiciones peores para su establecimiento y consolidación que las que se daban en Alemania al final de la Primera Guerra Mundial. Incluso para una sociedad de cultura democrática bien asentada, las reparaciones tras la derrota, la revolución y la guerra civil, las sucesivas crisis económicas representarían una dura prueba. La gente busca seguridad por encima de todo, que ni sus vidas ni su bienestar económico se vean en peligro. Cuando un sistema democrático no les da respuesta, puede llegar el caso de que hasta los demócratas más convencidos le den la espalda y opten por soluciones autoritarias.

Weimar es también una muestra de la imperfección de los sistemas electorales como criterio democrático. En Weimar hubo elecciones, y se disputaron democráticamente. Pero también había un sistema judicial muy conservador, que rara vez condenó a militaristas y terroristas de derechas, mientras se ensañaba en declarar culpables y encarcelar a agitadores de izquierdas. En Weimar también existía una burocracia que, a pesar de las reformas de los socialdemócratas y los católicos liberales, dejó en su puesto a muchos funcionarios contrarios a la democracia. Y una clase empresarial cuyo compromiso democrático con la República

era tenue, por no decir algo peor. Una democracia precisa de ciudadanos democráticos convencidos, de una cultura democrática que penetre en todos los estamentos sociales, no sólo en las instancias políticas, algo realmente muy difícil de encontrar en las instituciones clave de la República. Las dificultades de Weimar no se debieron sólo al déficit democrático popular, porque obreros, católicos reformistas, artistas, escritores y algunos profesionales se erigieron en firmes defensores de la República, sino a que las instituciones más importantes, las Iglesias, el Ejército, las escuelas de educación secundaria y las universidades, así como las corporaciones industriales, eran hostiles o temerariamente indiferentes al régimen, y tales instituciones estaban dirigidas por gente poderosa y bien situada.

Muchas de las personas creativas y entregadas que se mencionan en este libro sufrieron en carne propia la desaparición de la República. Rudolf Hilferding –médico judío que, como economista, llegaría a ser uno de los grandes teóricos de la socialdemocracia marxista, y ministro de Economía de la República durante la hiperinflación– huyó de la Alemania nazi y se exilió en Francia, donde fue detenido por el Gobierno de Vichy en 1941. Elegido entre los que habían de ser devueltos a la Gestapo, murió en la cárcel, probablemente se suicidó, porque sabía la suerte que le aguardaba. Tampoco supieron encontrar el norte muchos de los que eligieron el camino del destierro. Ni Bruno Taut ni Erich Mendelsohn marcaron hitos como los que habían alcanzado en la década de 1920 y principios de 1930. Taut no recibió encargo alguno ni en Japón ni en Turquía, y ninguno de los ulteriores proyectos de Mendelsohn alcanzó el reconocimiento de los edificios más representativos que levantó durante la época de Weimar. Walter Gropius se asentó en Harvard y desarrolló una brillante carrera profesional, pero muchos de los edificios que construyó después de la Segunda Guerra Mundial son un recordatorio de lo peor del modernismo estéril y planificado, edificios levantados según las teorías del funcionalismo, incapaces de dar respuesta a las necesidades del ser humano. Kurt Weill disfrutó de la libertad que Estados Unidos le proporcionó, y compuso la música de algunas, y magníficas, producciones de Broadway, pero se le recuerda más por sus creaciones de la época de Weimar. Muy pocos de los que ya gozaban de reconocimiento en Weimar y optaron por el exilio, como Thomas Mann o Bertolt Brecht, conservaron aquella creatividad asombrosa y penetrante. Incluso en la

derecha, los intelectuales conservadores de la época de Weimar tendrían también sus altibajos, tanto política como intelectualmente. Ernst Jünger y Martin Heidegger no siempre estuvieron encantados con los nazis, a los que se unieron o con quienes trabajaron. Ambos siguieron escribiendo durante décadas después de aquello –Jünger falleció en 1998, a la propecta edad de ciento dos años–, pero a ambos se les recuerda más por los libros que escribieron durante la época de Weimar, *Tempes-tades de acero* y *Ser y tiempo*.

La Alemania de Weimar significa todavía algo para nosotros. Su increíble creatividad y sus experimentos liberadores, tanto en el terreno de la política como en el de la cultura, nos llevan a pensar que es posible alcanzar unas condiciones de vida mejores, más humanas y más prometedoras. Nos recuerda que la democracia, que es un objeto delicado, y la sociedad, fruto de un equilibrio inestable, siempre se ven amenazadas y pueden saltar por los aires. Weimar es una muestra de los peligros que pueden aparecer cuando no hay consenso social en ninguna de las cuestiones fundamentales, ya sean políticas, sociales o culturales. La democracia es un terreno abonado para mantener toda clase de debates que merezcan la pena, para que germine el espíritu de la cultura. Pero cuando cada desencuentro, desde la intimidad del dormitorio conyugal a la estructura del mundo de los negocios, se convierte en una cuestión de vida o muerte sobre los rasgos distintivos esenciales de la vida humana; cuando cada controversia es capaz de provocar una hecatombe, cuando no hay un sistema de valores imperante que suscite la adhesión de los ciudadanos, la democracia no tiene futuro. Menos aún cuando hay grupos fuertes de esa misma sociedad democrática tratando de socavar y destruir su razón de ser a cada paso. Las amenazas contra la democracia no sólo provienen de sus enemigos externos: también pueden partir de aquellos que emplean el lenguaje de la democracia y utilizan las libertades que les otorgan las instituciones democráticas para minar su propia esencia. Weimar representa un aldabonazo para que nos mantengamos vigilantes ante tales individuos, porque lo que suceda a continuación puede ser algo malo, incluso peor de lo que nos imaginamos.